

PÁGINAS ANTOLÓGICAS

RITORNELLO

Mendelssohn y Schubert, Schumann y Chopin:  
los primeros nombres que empecé a gustar...  
Mi madre, sentada junto al viejo piano,  
cosía y me oía tocar.

Notas inseguras, acordes sin fuerza,  
melodía enferma que me hizo soñar  
con las rimas estas que guardaba el alma  
sin yo poderlo sospechar.

Madre, ¿te recuerdas?... Siempre me decía:  
*Cuando sea vieja,*

*quiero que te sientes a tocarme esas  
melodías buenas que hoy te hago estudiar...*

Y yo sin saberlo—sentía en mi espíritu  
melodías nuevas para mi cantar  
que nacían siempre, mientras estudiaba,  
mientras tú cosías tan juntito a mi  
que me parecía, al sentir tu aliento,  
otra vaga música oírte aspirar...

(¡Oh tiempos aquéllos, qué buenos, qué lejos!)

Ya empiezan los años a dejar su huella...

Ya tú eres abuela,

y quizá muy pronto padre sea yo.

Ya Schubert y Schumann y Chopin no sólo  
llenaron de pena nuestro corazón:

otros también, luego, nos dijeron cosas  
hondas; sobre todos, el sordo de Bonn.

(Su tristeza humana, su terror del mundo,  
la tragedia amarga que el amor le dió  
la he sentido ahora, con todas las fuerzas  
que el pobre Beethoven sufrió).

Madre, ¡cómo cambia la vida en nosotros  
y cada mañana nos da una lección  
que olvidamos pronto, pero que nos deja  
nuevas cicatrices en el corazón!

Antes, yo reía sin saber la causa;

entonces lloraba sin saber por qué,  
y ahora he sabido lo feliz que era  
con las ignorancias que ya atrás dejé.  
Pero no te creas, lo que ofrezco cumplo,  
y en pie, con los años, mi promesa queda...  
Una tarde...

—¿Cuándo?—...

Todavía espera:

una tarde buena,  
cuando seas más vieja,  
cruzaré los mares que de ti me alejan,  
llegaré hasta América,  
bajaré a mi tierra,  
y buscando el hogar que ya apenas  
en sueños recuerdan  
mis ojos, llegaré a tu vera,  
cogeré tus manos cansadas y lentas,  
para conducirte junto al pobre piano  
que apagado suena,  
y otra vez, como antes, ¿te acuerdas?,  
me daré a la música de las notas viejas,  
la música aquella  
que anhelas que el hijo aprendiera  
para que algún día, cuando ya estuvieras  
temblando y pequeña  
y peinando las canas de abuela,  
te trajera toda la fresca sonrisa  
de la Primavera...  
(Mendelssohn y Schubert, Schumann y Chopin...)  
Y tú, entonces, llena  
de emotiva gracia,  
cual si floreciera la vida de ayer,  
te pondrás otra vez a coser,  
aunque de tus ojos se escape una lágrima  
que prenda en la aguja, porque  
guardará tu alma la emoción romántica  
de la edad aquélla, del encanto aquél,  
y comprenderemos los amados nombres:  
Mendelssohn y Schubert, Schumann y Chopin...

José A. BALSEIRO

## La Rica Hembra de Granadilla

(LEYENDA)

**C**odos los que aquella mañana dominguera de finales del siglo XIV andaban por las calles de Granadilla, antigua villa, cabeza de partido de la provincia de Cáceres, vieron a un harapiento, saco al hombro y cayada a la diestra que subía fatigosamente la cuesta que conduce a la puerta principal que horada las murallas.

Desde lejos se notaba claramente que su barba estaba descuidada y sus borceguíes muy rotos, su chaqueta negreaba desgarrones y su andar era cansino, a pesar de sus pocos años.

Le franquearon los centinelas el paso, sin dificultad y pidió agua a una niña que en un cántaro de barro la subía de la fuente del Olivar. Se limpió en la manga, se sentó en un poyo de piedra que había a la puerta de la primera casa de la calle y cuando se vió rodeado de hombres y chiquillos, explicó:

—Vengo de muy lejos, de tierras de moros. Allí reina la peste y está acabando con mucha gente. En Granada, en un solo día, murieron quinientas personas. Si queréis salvaros debéis ir a las sierras del norte, pues allí no llegará el mal.

—¡Yo tengo 87 años!—exclamó iracundo un viejecito—. Aquí nací y aquí quiero morir.

—¡Marcha de aquí antes de que te echemos a los perros!—le increpó un joven de pelo rojizo.

El grupo iba rodeándole amenazador. Alguién levantó el puño:

—¡Fuera de aquí, maldito!

En ese mismo momento se oyó una voz que anunció:

—¡Ahí viene la señora condesa!

Seguida de dos damas y un paje avanzaba hacia el grupo la condesa doña Leonor.

Era doña Leonor, por entonces, una dama que no había llegado a los cuarenta y que conservaba la belleza en todo su apogeo. Tenía ovalado el rostro y fina la nariz, verde los ojos y grácil el talle. Su generosidad era tan proverbial como su riqueza, sus finas maneras formaron escuela en la Corte, sus donaires eran muy celebrados y el sacrificio que había hecho por su hija mayor, la cual padecía extrañas manías, muy valorado por todas las gentes.

Doña Leonor, Condesa de Alburquerque, se había recluso en su castillo de Granadilla desde hacía varios años y estaba entregada por completo al cuidado de su hija enferma.

Su marido, don Fernando de Antequera, pasaba su vida entre el campo de batalla y las obligaciones cortesanas.

Doña Leonor se aproximó al grupo y preguntó: